

“La Suprema lección de
Manuel Vallejo”

Emilio Jiménez Díaz

*Buenas noches, Presidente y miembros de la Peña
Flamenca "La Pajarona".
Señoras y señores.
Queridos amigos en el Flamenco.*

Pocas ideas han sido más brillantes, cuando redondeamos la cifra del año 2000, que esta de hacer justicia a unos artistas que dejaron a lo largo de sus vidas, cada uno de ellos con su tesitura de voz, sus aportaciones o su entrega, unas precisas huellas para mejor comprender la historia flamenca del siglo XX.

Evidentemente, puede haber lagunas de nombradías entre los artistas que ha denominado esta entidad bujalanceña como los más interesantes, pero si es verdad que no están todos los que son —y me quedo con el relicario de la ausencia de mi más insigne, como fue *Tomás Pavón*—, sí es ciertamente verdad que son todos los que están en este rol flamenquísimo.

Nadie puede dudar del aporte y acarreo de don *Antonio Chacón*; ni del soporte largo y trágico del jerezano *Manuel Torre*; ni de las facultades, compás y son, del más que discutido *Vallejo*, que intentaremos analizar; ni de la genial *Niña de los Peines*; ni del conocimiento, causa y efecto de los cantes de *Pepe Marchena*; ni del rajo gitanísimo y anárquico de *Caracol*, que podía hacer de una *zambra* una obra maestra o de un cante por *seguiriyas* un santuario donde guardar el más gitano de los quejíos; ni de don *Antonio Mairena*, que estudió, fijó y hasta inventó matices cantaores otorgándole sus propias creaciones a los demás, y que fue quien dignificó el flamenco y a los flamencos desde hace más de un cuarto de siglo, y el que hizo ganar dinero y respeto a todos. Como decía mi maestro Manuel Barrios, desde entonces, desde *Antonio Mairena*: "*Nunca más el hueso de aceituna tirado a la cara del cantaó, la sonrisa por medio y la guitarra partida en el pico de la mesa porque sí, por que la cosa tenía ángel*". Y nadie puede tener duda de

la gran trayectoria de *Fosforito*, de su entrega, honestidad y honradez, de su sabiduría cantaora y de su ejemplo y escolástica para los que han seguido sus pasos; ni del eco mágico, singular, personalísimo y afligido de *Camarón de la Isla*, que fue, sencillamente —que quiere decir, magistralmente—, quien acercó el flamenco a la juventud de nuestros tiempos.

A mí me ha tocado en suerte —tal vez por haber sido uno de los organizadores del Centenario del Nacimiento de *Manuel Vallejo*, celebrado en Sevilla, con una amplia quincena de actos culturales el octubre de 1991—, hablar de su figura como artista, de su personalidad como hombre, y de sus anécdotas en el tiempo, más bien difícil, que le tocó vivir.

Naturalmente, ni quiero ni debo poner a *Manuel Vallejo* en los altares, ni quiero ni debo ponerlo al pie de los caballos, como ha hecho cierto sector de la muy respetable gitanería y sus adeptos de la crítica para encumbrar a otros. Cuando se habla de un artista es necesario, primeramente, el respeto a sus valores. Aquí no valen las banderías catetas y partidarias que, desgraciadamente, tanto se dan en nuestra tierra, quizás, sin duda, porque es una tierra paridora de genios en todas las artes. Aquí no vale, como en aquellos años de confrontación en los ruedos de dos grandes toreros y, sin embargo, amigos, decir un ¡Muera Belmonte y viva Joselito!, o la inversa. Aquí, a la hora del análisis no sirven los gritos de “*yo, caracolista hasta el tuétano; yo mairenista hasta los güesos; yo marchenero hasta que me muera; yo...*”. Tenemos que ser serios a la hora de querer diseccionar a un artista y muy rigurosos a la hora de enfrentarnos con el análisis final, partiendo de la base de que, en los terrenos del arte, cualquier conclusión es meramente subjetiva, porque lo que a mí me pueda gustar no es obligado que guste a los demás, o al contrario, ya que la transmisión del arte flamenco depende, casi exclusivamente, del momento y del estado de ánimo tanto del artista como del receptor. Lo que, sencillamente, no es de recibo es cuadricular a determinados cantaores en una página emborronada para que nadie pueda leerla. El cante es el cante, y unos cantaores arañarán en nues-

tra sensibilidad más que otros, pero todos, para conformar esta historia del siglo XX han sido absolutamente imprescindibles.

Es precisamente *Manuel Vallejo* uno de esos cantaores, que por sus cualidades y conocimientos, por su originalidad y personalidad cantaora tuvieron mayores adeptos y, por supuesto, mayores detractores. Para estos últimos, la voz de *Vallejo* no era la adecuada. Nada más fuera de la verdad, porque estoy con Blas Vega y con Agustín Gómez cuando afirman, casi al unísono, que la condición de voz nunca debe ser un hecho negativo y más cuando se sabe adaptarla y conjugar sus recursos técnicos con los artísticos. Ciertamente que su voz era aguda, como aguda era la de la gitana más genial de todos los tiempos. *Pastora Pavón*, cuyo cante por características canoras y velocidad tiene mucho en común con el de *Vallejo*. De ahí se explica que Pastora sintiera una especial devoción por el cante de *Vallejo*, como éste por el de *La Niña de los Peines*. Era una voz aguda, pero melódica y de portentosa intensidad, con una amplísima gama de tonos dentro de una estructura de afinación perfecta, amén de que la vocalización de sus coplas era completamente inteligible para el auditorio.

Pero para cantar bien, ya que la tesitura de voz es propiedad innata de cada individuo, sí es necesario el son y el compás y *Vallejo* los tuvo de sobra, tanto para la ejecución de sus cantes como para echarse a bailar, redoblando los compases y cantándose y tocándose las palmas él mismo. *Fernando el de Triana*, en su célebre libro *“Arte y artistas flamencos”* hace una pregunta: “¿Sabéis por qué la Niña de los Peines y Manuel Vallejo son los que mejor cantan? Pues porque son los que mejor hacen “son”, requisito indispensable para cantar bien. ¿Estamos?”

Y es el propio Ricardo Molina y Mairena, en libro tan tendencioso como *“Mundo y formas del cante flamenco”* —en cuyo volumen se obvia la II Llave de Oro— quienes no tienen más remedio que señalar cuando hablan de la bulería que “siendo este cante íntegramente gitano que se le resistió a Chacón y a otros grandes cantaores, uno de sus maestros punteros fue Ma-

nuel Vallejo, cuyo arte recuerda muchas veces el de la Niña de los Peines”.

Tanto era el aprecio que Pastora sentía por Manuel que en unas bulerías que éste graba con la firma *Odeón*, Pastora le jalea con la frase: “*Éste es el Rey del cante*”, y no son pocas las fotografías en que Vallejo jalea a Pastora en un apunte de baile, y al contrario. ¿Por qué, entonces, querer sacar las cosas de sitio para enfrentar a artistas por motivos de raza y calidades canoras?

Decía Juan José Gómez Marín, nueve días después de su muerte, ocurrida en el Hospital Central de Sevilla el 7 de agosto de 1960, que “*A Vallejo le bastaba con dejar correr el torrente de su voz para hacerse admirar, que era la perfección de la copla en una voz privilegiada*”. Así, en su cancionero particular, definía el pueblo sus cualidades:

*“Para cantar por Vallejo
se necesita tené
el metal de una campana
y la voz de una mujé”.*

Manuel Vallejo comenzó muy joven su profesión artística, a los 15 años de edad, adoptando en su debut el apodo de “*Vallejillo*”, primera actuación que hizo en la célebre *Alameda de Hércules*, avispero de artistas, en el llamado Kiosco de *Pinto*. Ya, al terminar este verano de 1906, y sintiéndose valorado por el público a pesar de su edad, pasó al café cantante más prestigioso de Sevilla, al *Salón Novedades*, ubicado en la céntrica plaza de *La Campana*, y que cayó ante la piqueta el 19 de marzo de 1923, después de haber pasado por él, desde mil ochocientos noventa y algo, las mejores figuras del cante y el baile. Sevilla recibió como un luto la muerte de tan querido y emblemático café, en el que tan inolvidables noches diera *La Macarrona*.

Pero si bien es verdad que más tarde *Vallejo* pasa a Madrid, al llamado *Edén Concert*, cogiendo una afonía que le llevó a dejar de cantar durante cuatro años, después de actuar en varios cafés

sevillanos pasó a Barcelona y cosechó muchos triunfos, trabajando en la ciudad condal, casi continuadamente, siete años.

Pero no sería hasta iniciados los años veinte cuando *Vallejo* se va consolidando como una gran e indiscutible figura, después de haber pasado por el filtro de muchas reuniones privadas y de distintos salones, hasta que llega la noche inolvidable para él de conquistar la *Copa Pavón* el 24 de agosto de 1925, tras intervenir con los cantaores *Escacena*, *Angelillo*, *Niño de Madrid*, *El Macareno*, *Cojo de Málaga*, *El Mochuelo*, *Niño de Tetuán* y *Niño de Marchena*, cantando después de ellos y fuera del concurso el presidente del jurado, don *Antonio Chacón*, quien le entregó la copa con el testimonio de *Ramón Montoya*. De esa noche, le decía *Vallejo* a un periodista cuatro años más tarde: *"Aquella noche lloré de alegría, se lo juro. No fue sólo por el hecho del triunfo viéndome victorioso entre tantas eminencias como allí se habían presentado, no. Fue, también, el recibir la Copa de manos del propio don Antonio Chacón (que en santa gloria se halle), al que siempre consideré como el mejor de los cantaores"*.

Dicen que *Chacón*, en una fiesta que tuvieron en honor de *Vallejo* días más tarde en *Villa Rosa*, le dijo aludiendo a *Marchena*: *"Te he dao la Copa porque la mereces, pero la Vieja ganará más dinero que tú"*. Premonición sin duda, de aquel al que alguien llamó, por su sabiduría, el *Papa del Flamenco*.

Quiso *Vallejo* repetir suerte, como todos sabemos, en el concurso de la *Copa Pavón* de 1926, ya que la anterior tanta fama y dinero le había dado, pero compitiendo, entre otros, con *la Ciega de Jerez*, *Niño de Valdepeñas*, *Niño de Puertollano*, *Niño de Alcalá*, *Niño de Utrera*, *Angelillo* y *Manuel Centeno*, fue este último quien la conquistó. *Vallejo*, recién llegado de Barcelona y con unas facultades y seguridad extraordinarias, alentado por el empresario siguió unos días en el *Teatro Pavón*, cantando de tal manera que los aficionados instaron a la empresa para que el día 5 de octubre se le rindiera un homenaje especial a *Vallejo*, en el que *Manuel Torre* le hizo entrega de la *Llave de Oro del Cante*, concedida por unanimi-

dad de todo el público. Tras la célebre foto de rigor con *Emilio El Faro*, *Villarrubia*, *Roldán*, *Niño de Valdepeñas*, *La Trianita*, *Niño de las Marianas*, *Antonio El Mellizo*, *José Cepero*, *Manuel Martell*, *Enrique Mariscal*, *Pepe Torre*, *José Ortega*, *Mariana hijo*, *Víctor Rojas*, *Pepe de Badajoz*, *Manolo Vico* y los dos “*Manueles*” protagonistas: *Torre* y *Vallejo*, este entraba ya para siempre en la diminuta nómina de poseedores de esas “*Llaves*” que han hecho derramar ríos de tinta a partidarios y detractores de los tres artistas que lograron, a lo largo de la historia, asirla entre sus manos.

Independientemente de que yo no esté de acuerdo con este galardón que siempre ha servido más para desunir que para unir a los flamencos, sí es cierto que siempre se ha querido desprestigiar la *Llave* entregada a *Vallejo*. Nadie habla —quizás porque fuese gitano— de que a *Tomás El Nitri* se la entregaron unos amigos, pero eso sí, sale su fotografía a toda página en el libro “*Mundo y formas*”, página 17, con el título: “*Poseedor de la primera Llave de Oro del Cante*”, así como *Antonio Mairena*, en la primera página, con la *Llave* en su mano derecha. En un libro que se presentaba tan riguroso es un tácito descaro por parte de *Ricardo Molina* y *Mairena* ignorar a este cantaor sevillano y al trofeo que se le concedió, porque puestos a analizar, y aunque la tercera *Llave* cayó en unas manos que supieron dignificarla, también hubo sus más y sus menos en la cordobesa *Plaza de la Corredera* en mayo de 1962. *Ricardo Molina* se enfrenta a los aficionados y escribe en el “*Córdoba*”: “*De haber sido el público el juez de la competición, la Llave habría estado entre Platerito de Alcalá y Fosforito, porque las soleares del primero fueron las más aplaudidas, así como las seguriyas y tonás del segundo. Y este hecho tan sólo (que es una barbaridad) demuestra cómo el público, siendo excelente y fervoroso aficionado, es pésimo juez*”. El periodista *Manuel García Prieto*, en el diario *Informaciones de Madrid*, le contesta dos días más tarde: “*Se nos ocurren las siguientes inocentes preguntas. Primera. ¿Sería tan amable el señor Molina Tenor de decirnos dónde, qué día y a qué hora se celebraron las pruebas eliminatorias del concurso? Segunda: ¡No es más cierto que no concurrió ningún cantaor profesional o aficionado a las eliminatorias y que Fosforito, Juanito Varea, Chocolate y Platerito de*

Alcalá actuaron mediante contrato escrito o verbal, percibiendo los honorarios estipulados por sus actuaciones?”.

Antonio Mairena en sus “Confesiones”, un poco enrevesado en estas opiniones, dice que era la primera Llave que se entregaba al cante flamenco, ya que la del Nitri, como es evidente, fue la llave de oro del cante gitano-andaluz, apostillando a continuación, para seguir insistiendo en la supremacía del cante gitano-andaluz, que Vallejo obtuvo el galardón merecidamente, pues era la mejor figura del cante flamenco de aquellos tiempos. En el número 62 de la revista “Candil”, para embrollar aún más las cosas, el acérrimo mairenista, don Francisco Vallecillo, dijo que “Manuel Vallejo siendo un excelente cantaor, no era el mejor de su época, sin bien es cierto —continúa— que entonces, y por causas que no vienen al caso que nos ocupa, los cantaores gitanos estaban apagados o, por decirlo con más propiedad, amoldados a unas exigencias entonces en boga cuyo recuerdo constituye una página negra del flamenco”.

Con estas y otras afirmaciones, a Manuel Vallejo jamás se le ha hecho justicia después de su ocaso como cantaor. ¿Cómo se puede decir que los cantaores gitanos estaban apagados o amoldados a unas exigencias que constituyen una página negra del flamenco? ¿No estaban en pleno candelero todos los “Pavones”, Arturo, Tomás y Pastora? ¿Acaso no tenía el respeto merecido Manuel Torre, querido y alabado por el propio Chacón y por Vallejo? ¿Se había muerto El Gloria y sus hermanas? ¿No estaba todo el Jerez gitano del cante, de Cádiz y Los Puertos, y de Triana compitiendo en Madrid? ¿No fue la mejor hornada del flamenco y del mal llamado “cante gitano-andaluz” en la Villa y Corte?

Pero es que Mairena, en sus mismas “Confesiones” se contradice cuando se pronuncia de esta forma hablando de la decadencia interna del cante: “Los que podían hablar de él con más conocimiento de causa, los gitanos andaluces, artistas o aficionados, no han tenido, salvo escasas excepciones, la preparación cultural ni la autoridad necesaria para poder explicarlo. Y hoy en

día, la mayoría de los gitanos, cuando quieren celebrarlo, no hacen más que dar palos de ciego y repetir tonterías, lugares comunes y falsedades. Se habla, sin saberse muchas veces lo que se dice, de pegar pellizco, del sonido gitano, de cómo cantar a compás y otras cosas por el estilo, mientras que se ignoran o se desprecian las voces de oro del cante que heredamos”. Más atónito me deja aún cuando líneas más abajo continúa diciendo: “Dentro de ese ambiente de corrupción, que pretende innovar sin saber lo que va a innovar, es frecuente que muchos cantaores digan que lo único que importa es la cuadratura del cante, que basta cantar a compás para ser un buen cantaor. Es verdad que el compás es esencial en los cantes gitanos, pero no es suficiente, como tampoco lo es ser gitano o el sonar gitano, sino que hace falta además lo que he dicho en otros lugares: conocer los cantes y saber respetar las motivaciones que los inspiran”.

¿Por qué, entonces —me pregunto—, si no es suficiente saber cantar a compás —y Vallejo era un maestro consumado en esta materia—, ni ser gitano, ni sonar gitano, sino conocer los cantes y saber respetar las motivaciones que los inspiran, no ha gozado Vallejo en el propio libro de “Mundo y formas” de ese claro reconocimiento que en una u otra área del cante disfrutaron los demás? ¿Es que Vallejo no conocía los cantes después de haber grabado más de ciento treinta placas y más de veinticinco “palos” diferentes? ¿Es que no espetaba las motivaciones que le inspiraban las veintitrés *seguiriyas* grabadas, las treinta y seis *bulerías*, los sesenta y dos *fandangos*, las veintisiete *saetas*, las diecinueve *medias granaínas*, las diecisiete *tarantas*, etc., etc.? ¿Es que Vallejo —siempre tan respetuoso con el público— no fue cabeza de cartel, durante muchos años, entregándose en cuerpo y alma a su profesión y dignificándola al máximo? De su arte hubiesen podido hablarnos don Ramón Montoya y Niño Pérez, Miguel Borrull, Antonio Moreno, Niño Ricardo, Paco Aguilera o el enigmático y tan raro como él Manolo de Huelva. Y de su arte sí nos hablan —aunque no con los registros de tan excelente calidad de nuestros días— las múltiples grabaciones en la firma Gramófono, de Odeón, Regal, La Voz de su Amo, Columbia, Supremo o Pathé.

Si a *Vallejo* se le denomina como el mejor en aquel tiempo —cuyo adjetivación nunca me gusta, porque siempre es subjetiva— es porque, a pesar de los pesares, y en el contexto de figuras con las que le tocó cantar y competir cada día —gitanos y no gitanos— era, sencillamente, grandiosamente —como anteriormente hablaba yo de *Camarón*—, un gran cantaor en tiempos de eminentes cantaores, máxime cuando la gitanofilia andante y por uso de moda no estaba presente, por fortuna, como hasta la muerte de mi querido *Mairena*.

A *Vallejo*, tan sólo por no ser gitano, se le negó el pan y la sal de la memoria en una etapa que comenzaba a ser distinta. Desgraciadamente no corrió la misma suerte que otros artistas que formaban cartel con él en su época dorada. Manuel fue injustamente relegado, aún antes de su muerte, al más necio de los olvidos. *Vallejo* no dejó escuela ni por su arte incopiable, ni por sus negadas dotes para la simpatía, que más adelante comentaremos. A *Vallejo* es necesariamente reinventarlo a través de su amplísima discografía —ciertamente interesante— y por medio de la emoción narrativa de aquellos que, como *Manuel Centeno Fernández*, tuvieron la oportunidad de saborear en vivo su amistad y el regusto inconfundible de sus cantes.

El capítulo de las nefastas “*Llaves*” está cerrado. Mejor es no abrir ninguna puerta con ellas: ni la del *Café Sin Techo* de Málaga, ni la del *Teatro Pavón* madrileño, ni la de la *Plaza de La Corredera* cordobesa. Para apostillar, una cosa cuirosa: al único “*gachó*”, “*gachonsillo*” como le decía *Pepe Pinto* ante la admiración de *Pastora* por él, al que un gitano le entrega la “*Llave*”, fue a *Vallejo*. A *Mairena*, en el Alcázar de los Reyes Cristianos cordobés, se la entrega *Antonio Ruiz Soler*, el sevillano menos gitano de la tierra sevillana. En Madrid, a *Vallejo*, siete años antes de su muerte, se la entrega el más genial cantaor y de más rajo que nos convoca la historia: *Manuel Torre*. Pero esto es solamente una estupidez comparativa mía, tan harto ya de tantas comparaciones. Sin duda habría que seguir las palabras de *Luis Caballero* cuando con notable sensatez nos apunta que: “*El fanatis-*

mo cae tan lejos de la lógica, el tacto y las buenas razones que, cuando no lo rehuye, la inteligencia lo utiliza como motivo de cachondeo”.

Bajamos el telón y lo subimos de nuevo. 1926 es un año en el que Dora “*La Cordobesita*” y *Pastora Imperio* hacen una gira por toda España llevando como cantaor acompañante al gaditano *Aurelio Sellés*; en el que en Sevilla están de moda los salones *Variedades*, *Barrera*, *Zapico*, *Olimpia*, *La Venta de Eritaña* y *el Kursaal*; en el que Rafael Gómez Ortega “*El Gallo*” torea en América, nada más y nada menos, que treinta y cuatro corridas; el año “boom” de *Conchita Piquer* en España y del año apoteósico de *Antonia Mercé* “*La Argentina*” en el *Olimpia* de París; el año del estreno de “*Currito de la Cruz*”, el año en el que muere el genial arquitecto catalán Antonio Gaudí, atropellado por un tranvía; El de la competición, en el *Teatro Pavón*, del *Niño de la Alameda* y *Guerrita*; el gran año de éxito de *Angelillo* y *Marchena* en el *Cabaret Ciro’s*; el de la retirada provisional de “*La Argentina*”; el año en el que *Enrique El Cojo* se inicia en el *Kursaal* bailando con *La Macarrona*, *La Tomasa* y *La Pompei*; el año del nacimiento del *Chato de la Isla*, y el del otro chato, El de las *Ventas*, que cantaba en los teatros madrileños *Pavón*, *Fuencarral* y *Monumental*; uno de los mejores años en la carrera artística de *Manolo Escacena* y del bailar *Juan Sánchez* “*El Estampío*”; el año en que don *Ramón Montoya* cumple su último ciclo, desde 1912, como cantaor fijo de don *Antonio Chacón*; el año que nacieron en Sevilla, Ángel Pericet y *La Tomasa* y, en Cádiz, Amós Rodríguez Rey; y, entre otras efemérides, el año en el que el antiflamenquista Eugenio Noel escribe “*Martín el de la Paula en Alcalá de los Panaderos*”. Fue un año en el que en Sevilla, de una ciudad nocturnamente alegre hasta las claras del alba se pasa, por la orden restrictiva del recién nombrado gobernador y comisario regio de la Exposición, el cordobés José Cruz Conde, a cerrar los establecimientos a las tres, lo que da pie al satírico periodista “*Galerín*” a escribir en su “*Sevilla en broma*”: “*El gobernador que había el año anterior no se metía en nada. El de este año, sí. A las tres te cierran los restaurantes y cabarets. Lo malo del cierre es que mientras te echan de un sitio limpio, higiénico, donde pasas el rato con*

amigos buenos, hablando de lo bien que lo está haciendo el Directorio o del éxito de la Unión Patriótica, te dejan en esas casas que no cierran de noche porque sus moradores duermen de día”.

En no pocas ocasiones se ha comentado la rareza de *Vallejo*, incluso queriendo zaherir su propia personalidad. Se le ha tildado de raro, y si bien era cierto, su forma de comportamiento era igual que la de cualquier mortal. Yo llegué a enamorarme del cante de *Vallejo* por las veces que oí cantar a mi madre, quien no se perdía, junto con mi padre, ninguna actuación de *Vallejo* en Sevilla o en Triana. Mi madre era portentosa cantando los *fandangos* vallejianos y sus *medias granaínas*, hasta el punto de que todas las vecinas se asomaban por los lavaderos para oírla mientras paraban las faenas diarias, incluso alguna, después de mucho rato oyéndola, le decía: “*¡Pepita, hija, deja de cantar ya que se me han a pegar los garbanzos!*” La última vez que la oí cantar por *Vallejo*, a fuerza de muchos ruegos de mis amigos y de la familia fue hace diecisiete años, en Villanueva del Ariscal, cuando la comunión de mi hijo Pablo. Todavía le temblaba la voz fina en su garganta cuando entonaba: “*Era grande y se acabó, me dejaste en mi cariño...*”, o cuando se lanzaba por *granaínas*: “*Si yo te quiero de veras, gitana del Sacromonete...*”. A su lado humano me acercó mi gran amigo *Manolo Centeno*, su mejor biógrafo, casi un padre para mí y para los míos. Gracias a él, por fin se le hizo justicia colocándose una placa de cerámica trianera en su casa natal, en 1982, y gracias a él se le tributó un merecido homenaje de quince días, en octubre de 1991, con motivo del centenario de su nacimiento, en el que, al menos, se redescubrió la figura importantísima de *Vallejo* para la historia del cante.

Centeno, que tanto lo conoció y que era al que *Vallejo* entregaba sus pertenencias antes de subir al escenario: su petaca, el papel de fumar, el mechero y la cartera, porque todo le sobraba para cantar, reconoce que sus rarezas eran muchas y variadas, quizás, como apostilla, por su suspicacia y superstición. ¿Pero quién no es raro?, y no es, queridos amigos, tratar de justificarlo. Partiendo de la base de que yo también soy un raro y, aunque creyen-

te, reconozco que soy muy supersticioso, en el mundo del flamenco en general se han dado casos en abundancia: el caso del propio *Tomás*, que no cantaba si no le gustaba las caras y si le parecía que la gente que le rodeaba no estaba predispuesta para escuchar cante de calidad, y que, además, en el culmen de sus rarezas, quiso abrir una escuela de cante; el propio ejemplo de *Manuel Torre*, con sus manías de galgos y gallos de peleas y siempre imprevisto en sus actuaciones y contestaciones, y al que llegaron a apodar “*El Majareta*”; la rareza enfermiza de los celos que llevó a la locura a *La Niña de los Peines*; el enigmático perfil de *Manolo de Huelva*, raro como él solo, que en su sabiduría de los cantes llegaba a abroncar a los cantaores en los camerinos diciéndoles que se habían equivocado en tal o cual tercio, o que, ante el halago sincero de un aficionado diciéndole que era un genio de la guitarra, respondía, secamente, acordándose de su antigua profesión de sastre: “*Pues mejor hago las solapas de los trajes*”; la propia rareza natural de *Antonio Mairena* —a quien llegué a conocer a la perfección y que fue, junto a su hermana Rosario, quien le cortó las uñas, recién nacido, según la tradición gitana, a mi hijo Emilito—, rareza, no por egoísmo ni soberbia, sino por una gran timidez que le acompañó hasta su muerte. Rareza en algunos comportamientos de *Caracole*, incluso, de *Pepe Pinto*, que regalaba a todos los nuevos que pasaban por su establecimiento de La Campana un sabio consejo sobre el mundo del arte y un reloj... Rareza en *Juanito Mojama*, que parecía temerle al público... Rareza...

Todos tenemos un punto de hermetismo en el que podemos parecer raros a los demás, un punto de encuentro con uno mismo —lo tuvo *El Gallo* con sus espantás y lo tuvo *Belmonte*, suicidándose, temiéndole al toro silencioso y manso de la soledad—. *Vallejo* le temía a la guasa que, en grandes dosis se daba en sus años de la Alameda y en todas las compañías. *Vallejo* no quería saber nada del muy célebre sablazo y de la ojana, tan abundante en el mundo flamenco. *Vallejo*, como el gran profesional que fue, sentía pánico a la hora de subir a un escenario por el respeto que le tenía a un público que pagaba por verle. *Vallejo* lo que tenía, como casi todos los raros, era un gran sentido de la responsabilidad profesional,

como les pasó a todos los que aquí he citado y a muchos que se han quedado sin citar.

Lo de la “*mala lengua*” era una causa-efecto de su propia suspicacia, pero muy común entre todos los artistas de aquella época. Era un sistema autodefensivo, una conducta casi general —como me decía *Centeno*— de todos los cantaores. Pero ellos se conocían a la perfección.

Se comenta que cuando *Manolo de Huelva* y su mujer caminaban por la calle Amor de Dios sevillana, muy cercana a *La Alameda* y donde vivían muchos artistas, y venía *Vallejo* a cien metros de distancia de ellos, *el de Huelva*, con su semblante siempre serio, decía: “*Los tuyos, Manué*”. Cuando la mujer le preguntaba por qué había dicho aquello, él le contestaba que, porque desde lejos, *Vallejo* ya se había cagado en sus muertos.

Cuenta también *Juanito Valderrama* que los directivos de promoción de la casa de discos del incipiente *Antonio Molina*, queriéndolo promocionar, fueron a Sevilla con un periodista para que *Vallejo*, cuya opinión pesaba mucho en aquellos años, dijera algo favorable sobre él. *Vallejo*, a pesar de que había un buen dinero de por medio, se negó en rotundo porque no era de su agrado el cantaor malagueño. *Vallejo* se comportó como siempre se había comportado. Harto de tanta oferta, desde su silla del bar *Las Maravillas*, le dijo a los representantes: “*Miren ustedes. Yo no tengo ni pá un café, pero por mucho dinero que quieran darme, lo único que puedo decir de ese muchacho es que es una gaita gallega al que se le acaba todo cuando le falta el aire*”.

A lo mejor, en definitiva, era que su defecto era ser demasiado sincero, como también ocurrió en otra ocasión y que *Luis Caballero* recoge en su libro “*Historias de flamencos*”. Allá por la Europa, en la *Alameda*, unos aficionados le insistían en que conociera a un chaval que cantaba como él: “*A ver si lo escucha usted, Manuel. Tiene la misma voz que usted y lo imita de tal manera que si uno no lo ve se traga que es Vallejo*”. Tanto y tanto se lo ponderaron

que, por fin, *Vallejo* accedió a escuchar al chaval. Cuando lo escuchó un rato y el niño terminó de cantar, se dirigió a los aficionados que tanta tabarra le habían dado y dijo secamente: —*¿Ese es el que se parece a Vallejo? Será a Vallejo el de los toldos*". *Vallejo* el de los toldos que era un famoso industrial del ramo en la calle Alfarería de Triana.

Sí me contaba *Manolo Centeno* que *Vallejo* cuidaba mucho por el dinero, aunque cuando lo tenía era rumboso y desprendido con sus amigos y, cuando no lo tenía, no le pedía un duro a nadie. Se cuenta que antes de actuar, y como tenía muchas entradas, pretendía disimular su falta de cabellos frotándose con un tapón de corcho requemado y que obligaba a los iluminadores a que lo enfocasen desde abajo para que no se le notase la calvicie. Pero el remedio era malísimo porque en las noches en que actuaba en los tablaos veraniegos los churretes se corrían con el sudor. Estando en Madrid, unos amigos le aconsejaron que se comprase un peluquín. Entró en la tienda y se probó algunos, pero cuando le dijeron el alto precio dio media vuelta y desde la puerta le gritó al dependiente, que no entendía ni jota: —*¡Corcho!... ¡Corcho!*".

En su fuero interno, aparte de su venerable respeto y amistad por *Chacón*, *Manuel Torre* y *Pastora* y su gusto por todos los cantaores de su época, sentía una especial devoción por la Virgen Macarena y, sobre todo, por Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, aparte de una enorme afición por el Real Betis Balompié que compartía con *Pepe Pinto*.

Cuando en 1932, en plena República, no salieron las cofradías de Semana Santa, el Viernes Santo, a la hora de siempre señalada, las dos de la madrugada, la Plaza de San Lorenzo era un hervidero. Cuando dieron las dos campanadas en la torre, *Vallejo*, en un momento de gran emoción y en cumplimiento de su promesa anual, cantó con un sentimiento fuera de lo común:

*"Descubrirse, hermanos míos,
vamos a hincarnos de rodillas
que ahí dentro está el Gran Poder*

*honra y gloria de Sevilla
que no nos lo dejan ver.
Honra y gloria de Sevilla.
¿Cuándo te volveré a ver?"*

Al año siguiente, el Viernes Santo, que coincidió con el 14 de abril, aniversario de la República, tampoco salieron las cofradías, pero de nuevo se llenó la Plaza de San Lorenzo, donde cantaron Manuel Torre —que fallecería tres meses más tarde—, La Niña de los Peines, su marido Pepe Pinto, El Gloria y Las Pompis. De nuevo Vallejo cumplió su promesa cantando esta saeta:

*"Asómate Gran Poé
siquiera por un momento
verás a Sevilla entera
a la puerta de tu templo
que con fervor te venera".*

El año 1934 le cogió en Madrid para cumplir con un contrato con una casa norteamericana que le pagaría treinta y dos mil pesetas por la grabación de cuatro discos. No pudiendo resistir que su Gran Poder estuviera saliendo —aunque no lo hizo porque el tiempo amenazaba lluvia—, de repente abrió el balcón del chalé de las afueras de Madrid donde se encontraba en compañía del periodista Alardi, de su letrista Emilio Mezquita y de algunos incondicionales, y sin pensarlo dos veces cantó una saeta que hizo emocionar a todos y a una docena de vecinos. En esta ocasión tampoco incumplió su promesa:

*"Esta noche es Viernes Santo
Pare mío del Gran Poé
Como yo te quiero tanto
Por muy lejos que yo esté
con la misma fe te canto".*

Cuando todos terminaron de llorar y despertaron de ese sueño, Vallejo le dijo al periodista que escribiese una nota al ingeniero de la casa norteamericana. Ponga usted ahí: *"Muy señor mío. En este momento salgo en auto para Sevilla. Ni me importa mi con-*

trato, ni mi informalidad, ni las pesetas. Puede usted llevarme a los tribunales o a donde quiera. A esta hora, la Esperanza está entrando en la calle Sierpes. A las doce de la mañana estoy yo en el Arco de la Macarena. Dígalo usted así en Norteamericana. Le saluda, Vallejo”.

Por la tarde, ya que la *Macarena* había tenido que refugiarse en la Catedral a causa de la intensa lluvia, sí que *Vallejo* pudo ver cumplido su sueño cuando le cantó a su regreso al templo macareno:

*“La del color bronceao
la del mejor corazón
y la gitana más buena
del Tronco de Faraón
¡Virgen de la Macarena!”*

Así de sensible era *Manuel Vallejo* con sus pasiones y así de intensas y sentidas eran sus saetas. Y así de inmensa era su devoción por el Gran Poder. Recuerdo una carta de un aficionado que recibí cuando dirigía el programa “*Ser del Sur*”, en la que con torpe letra me escribía entre otras cosas: “*Yo he visto al cantaor de flamenco don Manuel Vallejo llorar en sus últimos años cuando el mundo lo tenía olvidado. Un servidor, Manuel Pérez de la Concha Piñero, fue su compañero de café en el bar llamado Las Maravillas. Preguntándole una vez quién era el hombre más bueno, su contestación fue rotunda: para mí el hombre más bueno es el Señor del Gran Poder. Me encuentro, me dijo, desengañado del mundo. Diciéndole un servidor que se merecía un monumento, con una fuerte risa me dijo: yo siempre he suspirado por aquel que de mí suspire, como bien claro lo dice mi cante, pero si muero tan solamente me gustaría tener el orgullo de escuchar desde el cielo mis granaínas junto a mi Señor del Gran Poder”.*

Vallejo, tal vez rezándole a su *Gran Poder*, falleció la tarde del domingo 7 de agosto de 1960 en el *Hospital de las Cinco Llagas*, conocido también por los sevillanos como *Hospital Central* y *Hospital de La Macarena*, sede actual de la Junta de Andalucía. Muy mal se tuvo que sentir *Vallejo* cuando lo ingresaron

una semana antes, el día 1, porque, al decir de *Centeno*, le tenía verdadero pánico a los hospitales, a la cárcel, al cementerio y a los juzgados. Ni siquiera sabía, porque no lo hubiese permitido jamás, tan supersticioso como era, que sus familiares le tenían suscrita una póliza de seguros en *La Preventiva*, por lo que es totalmente incierto lo que blasonaron dos artistas, que ni siquiera fueron al sepelio, de haber costado los gastos del mismo.

Si estuvieron presentes en el mortuorio *Pastora* y *Pepe Pinto*, quienes dieron el pésame a sus familiares y enviaron una corona, pero los únicos que asistieron al entierro, aparte de los miembros de su familia, fue su fiel amigo *Manuel Centeno Fernández*, algunos aficionados y *Manolo Fregenal* y *Rafael "El Pajarero"*, tan sólo dos artistas de cuantos le conocieron y de cuantos le conocieron y de cuantos vivían por aquel entonces en Sevilla. Triste sino para un cantaor que dejó su suprema huella del cante en la historia del siglo XX, y que, al menos tuvo el emocionado recuerdo de un recuadro en el ABC de Sevilla con el siguiente texto: *"Ha muerto Manuel Vallejo. ¿Quién era Manuel Vallejo? A las últimas generaciones, a quienes no oyeron su nombre cuando era famoso, les diremos, ante todo, que Vallejo fue un cantaor de raza. Esto es muy importante. Es cantaor de raza quien se apoya en unas necesarias facultades para vivir esta vocación sin mixtificaciones. No es lo mismo hacer ciertas concesiones al público que adular el cante. Pero cuando el artista dimite de su capitania y pasa de la razonable concesión al halago de la masa en sus veleidades, se empequeñece y empequeñece con él a su arte. A Vallejo no se le podrá acusar de excesivas contempORIZACIONES. Por el contrario, dotado de unas facultades extraordinarias, se mantuvo siempre dignamente en la altura. Otra cosa es que su voz aguda, de excelente timbre, no complaciera del todo a ciertos aficionados partidarios de tonos más graves. Todos los artistas tienen sus devotos y sus detractores y Vallejo no iba a ser una excepción. Pero, salvo pequeñas diferencias de matiz, su calidad nunca fue discutida. Han cambiado mucho los tiempos. El cante, herido desde hace no pocos años, está lejos de recobrar su nivel antiguo. Viene a ser una moda hablar de cante "jondo". Pero no podemos engañarnos, ya no entusiasma a las multitudes. Manuel Vallejo era*

de otra época: La Alameda, El Kursaal, La Venta de Eritaña, los colmaos, la Sevilla alegre y confiada que ya ha pasado a la historia, una Sevilla ni tan buena como dicen unos ni tan mala como creen otros... Un padrenuestro, amigos, por el dueño de aquella garganta que a todos nos llenaba el pecho de congoja”.

Este artículo y otro del mismo corte, aparecido en *El Correo de Andalucía* en la misma fecha, fueron las únicas flores para quien tantas páginas de gloria llenara en la historia del cante. Tras tanto mutismo tuvo que llegar un Centenario para que pudiésemos diseccionar la aportación de su cante. Fue acertadísimo el pensamiento de José Cenizo Jiménez en el suelto especial de “*El Correo*” que le dedicamos en su memoria: “*Sin la aportación de Silverio, La Trini, El Canario, Chacón, Vallejo, Aurelio Sellé o, hoy, Enrique Morente, por citar sólo algunos, el flamenco sería una pieza de museo sin apenas atractivo para las generaciones venideras. El flamenco es, pues, El Nitri y Silverio, Manuel Torre y Chacón, Caracol y Vallejo, Mairena y Fosforito. Andaluces, gitanos y no gitanos, o con alma andaluza, como el pamplonés Sabicas o la catalana Carmen Amaya*”.

Gracias a esta gratísima convocatoria de la Peña Flamenca “*La Pajarona*”, de nuevo vuelve a sonar el nombre de *Vallejo* por entre las páginas del recuerdo junto a otros artistas inconmensurables. Lo importante debe ser siempre la unidad dentro de la diversidad en este mundo apasionante al que llamamos flamenco. Hoy he tenido de nuevo la oportunidad de hacer un poco más de justicia al referente histórico de *Manuel Vallejo*, de reavivar un poco la memoria colectiva. Ojalá que ya no tengamos más la necesidad de la defensa entre tantas injusticias convertidas en chorro de tinta, ni de *Vallejo* ni de ningún cantaor, todos han sido imprescindibles para la historia del cante, como decía al principio, y ojalá que no tengamos más esta necesidad porque señal sería y placentera de que todos sabemos amar este arte singular y sin parangón, fértil y variopinto en su cabal dimensión y que, por fin, el buen gusto y la diversidad en la contemplación sentimental, emocional y estética del flamenco han vencido el estúpido fanatismo que imperó y que sigue imperando, por desgracia, en nuestros días.

¡Ojalá!, y mi madre se anime algún día y con la débil pero hermosa voz que tiene a sus muchos años, quiera alzarme de nuevo en un pedestal a Manuel Jiménez Martínez de Pinillo, *Manuel Vallejo*, recordándome aquel fandango que él grabase para que nadie le arrebatase su cetro:

*“Lo más difícil del mundo
se estudia y se aprende bien
pero cantar mi fandango
eso no lo puede hacer
ni aquel que nazca cantando”.*

EMILIO JIMÉNEZ DÍAZ

Nací en el año 1949, un 18 de Julio —afortunadamente no del 36— por aquello del movimiento de mis queridos padres: él del Andévalo huelvano y ella de la serrana Constantina. Lo que



quiere decir que nací en Triana, en su Cava gitana, en el Corral de los Sargueros, en la calle Torrijos, n.º 8, porque Dios quiso bañarme con su gracia.

Me enganché en el Flamenco en 1974 y desde entonces, imitando al Guadiana, con mis aparecidas y desaparecidas, para bien de mis amigos y muchos enemigos, no paro en la misma tarea en la que me empeñé para intentar la divulgación y dignificación del Cante Jondo. Miles de páginas firmé con mi nombre en el vespertino *"Nueva Andalucía"*, en el *"Correo de Andalucía"* de la mano de Javierre, en la revista *"Blanco y Oro"* de la firma Cruzcampo, y en *"Sevilla Flamenca"* de la que fui creador, director y codirector.

"Sevilla y sus tranvías" (1979) fue mi primer libro. Se agotó rápidamente y ya está preparada una nueva edición. A éste, le siguieron *"Mercados y mercadillos"*, *"Del amigo y maestro Manuel Cano"*, *"Andalucía gloria y compás"*, *"Muy ilustres personajes de la Triana popular"* y *"Muy ilustres mujeres de la Triana popular"*, ambos con la colaboración del pintor Antonio Badía. Como me aburría en los ratos libres, preparé *"Que bueno es ser bueno y no sólo en Navidad"*, *"Antonio Mairena: diez perfiles de un Maestro"*, *"Diez años a Compás"*, *"Amor entre mar y tierra"*, *"Cuadernos de Isla Cristina"*, *"Pan de invierno"*, *"Tangos para el amor y la libertad"* y *"Cuadernos para no leer"*. Colaboré en la *"Historia de las sevillanas"*, en *"El bosque de los cuen-*

tos”, en “*Poemas verdiblanco*”, en “*A Morente*”, en “*El Papa Flamenco*”, y en “*El Cojo de Málaga*”, en “*Triana: semblante y genio*” y en “*La Exposición Iberoamericana de 1929*”, ambos bajo la hábil tutela de mi paisano Ángel Vela, con quien organicé, junto al inolvidable Manuel Centeno Fernández, el *Centenario de Manuel Vallejo*. Puse los textos a un libro de lujo: “*Por distintos caminos*”, del fotógrafo madrileño Alejandro Velasco.

Como me he considerado siempre un bohemio a la hora de elegir, hago lo que me da la gana y escribo lo que quiero, a pesar de que en el balance resulta que he escrito más de lo que debería y he tomado menos tintos de los que tales jornadas demandan.

En el fondo, soy un gran currante del ordenador y jamás sé decir no a cualquier propuesta honesta. Por eso, y muy a mi pesar, he sido protagonista de muchos libros muy interesantes, diseñador de mil disparates: fachadas, escenarios, exposiciones, corbatas y pañuelos, presentador de festivales, conferenciante, pregonero de fiestas florales, de cosas de Semana Santa, del Rocío y de la cuestión taurina. Fui, entre otras poblaciones, pregonero de la Hermandad del Rocío de Madrid y de la de Córdoba, ciudad en la que también di su pregón de la Exaltación de la Saeta y su Pregón Taurino de la feria de 1993. El Pregón al que le tengo más cariño es al del Concurso Nacional del Cante de las Minas de la Unión.

Tanto me va esta historia del relato que escribí un libro que se agotó muy pronto: “*Erotismo y humor en las coplas Flamen-cas*”, sigo empeñado en terminar mis verdes “*Coñografías*”, se está imprimiendo en mi barrio natal “*Trianero de ausencias*”, y estoy en el empeño de sacar a la luz “*Córdoba en volandas*”, como homenaje a esa Ciudad que me acoge en su seno tres años largos, que no es igual que tres largos años.

Mi obra magna, por así decirlo —aparte de los tres maravillosos hijos que tengo— es el libro “*Triana en labios de la copla*” (16.000 pelas *de vellón*), aunque si tuviese que salvar de un fuego a alguno de mis hijos literarios no dudaría en quemarme por “*Mer-*

cados y mercadillos” y por “*Entre coplas y coplas*”.

Soy miembro de número —que eso viste mucho— de la Cátedra de Flamencología de Jerez y dirigí, durante cuatro años, el programa radiofónico *Ser del Sur*, de la Cadena Cope, y fui director, durante uno, del espacio flamenco de Radio Nacional de España. Conseguí, en el año 1983, el premio “*Ricardo Molina*” del Concurso Nacional de Córdoba, y el mismo año —sin duda de muchos bienes—, el premio nacional “*Manuel Torre*” de la Junta de Andalucía. Soy premio de la Cátedra de Jerez y, en mi solapa pusieron no pocas distinciones de oro distintas peñas andaluzas.

Una de mis más grandes ilusiones fue la de crear, junto a Enrique Osborne Isasi, la Distinción “*Compás del Cante*”, de la que soy secretario perpetuo. Este cargo, que duda cabe, también viste mucho en mi currículum.

El mayor premio, el Óscar mejor a esta película de mi vida, han sido mis amigos. Sin ellos, en las distintas etapas de mi vida, estos guiones hubiesen sido innecesarios.

Para dar un dato más, os diré que me gano la vida, desde hace treinta y algo de años, como decorador en unos grandes almacenes, que mi trilogía de afanes está en el Amor, la Familia y el Dinero, no porque me guste, sino porque hace falta para vivir y porque me lo trabajo a lo grande; y mi otra trilogía la forman Triana, Curro Romero y el Betis.

Como todo lo que les cuente de más es pura mentira, aquí con mi rúbrica, que simula los arcos isabelinos de mi puente, pongo el punto y final. Quien quiera saber más de mí que llame al 957 451 508, en la seguridad de que será bien atendido.



Calixto Sánchez y Manolo Franco